



EL PAPEL DE LAS FLORES

(A PROPÓSITO DE *FLOR DE CANTUESO*, ÚLTIMO LIBRO DE ANDRÉS MARTÍNEZ ORIA)

Manuel Garrido

FLORES DE PAPEL

El destino más alto de las flores es el papel, una vez alcanzado brillan inmarcesibles, para siempre jóvenes; como en la canción de Dylan, que Pete Seeger seguía cantando a sus 90 años (juventud y flor son lo mismo). Sería así lícito corregir el verso legendario sobre las flores marchitas, cuya gloria antigua ya no perduraría en el recuerdo voluble y a veces fraudulento, sino en el papel humilde y comprobable. Pero si no se puede, convengamos en un acuerdo razonable: el papel garantiza la perdurabilidad del recuerdo.

Hace dos años, en 2019 Andrés Martínez Oria publicaba *Flores de hinojo*, coronando con este título una trilogía, cuyos dos antecedentes habían sido *Flores de malva* en 2011 y *Flor de saúco* en 2016. Tres es el número perfecto y la obra se completaba así con todo el prestigio de la trinidad. Pero he aquí que ahora acaba de añadir un título más para completar la no menos prestigiosa tetralogía: *Flor de cantueso*.

Se trata por tanto de cuatro jarroncitos, cuatro búcaros fragantes, perfectamente diseñados como pentasílabos en una exhibición de sugestiva geometría en esos dos pares que alternan el singular y el plural para lograr el pentasílabo con tres nombres de tres sílabas (saúco, hinojo y cantueso) y uno de dos (malva). La tetralogía, cuando están en juego cuatro flores, cuatro figuras, nos sugiere el *tetramorfos*, y así añadimos prestancia mística y religiosa al prestigio artístico y literario.

Repitamos pues el nombre de las cuatro flores por orden de aparición en estos búcaros de papel: *Flores de malva*, *Flor de saúco*, *Flores de hinojo*, *Flor de cantueso*. Se trata de flores sencillas, campesinas, estacionales, espontáneas; rastreras, que no arrastradas, cual la malva y el cantueso, algo más elevadas, como

el hinojo y el saúco, pero sin escapar de la altura humana. Ciertamente no gozan del prestigio ya mítico de las rosas, por ejemplo, que pueblan la poesía de todos los tiempos y a las que concebimos al margen de toda circunstancia de espacio y tiempo; «La seda de las rosas» en las que encarna la primavera: así dijo Foxá en un poema memorable, contraponiendo la brevedad de la vida con la recurrencia de esa seda en primavera. Nuestras cuatro flores no pueden competir con ellas y otras muchas: lis, lirio, crisantemo, magnolia. Su belleza es más doméstica y familiar, y lo único a lo que aspiran, fuera de cualquier afán de protagonismo, es solamente a ser acompañantes en el diario camino.

Son en efecto flores de caminante, sea este pastor, labrador, o como en este caso caminante por el puro placer de andar y respirar otros aires distintos de los urbanos cotidianos. Este andante-escribiente, o viceversa, ha visto en las cuatro algo así como flores heráldicas de otras tantas tierras provinciales, dichas también por orden de aparición: Sequeda, Ancares, Cabrera, Maragatería. La elección responde por supuesto al gusto personal, porque no pretende asentar que cualquiera de ellas florezca solo en la tierra a la que se asimila. Todas se dan en todas con abundancia, a excepción quizá de la malva, que adquiere particular poder simbólico por su asimilación a los cementerios (“santo malvar” se llamó al camposanto en algunos lugares) en tierras diezmadas por la emigración y en estado de abandono.

Pero si el caminante así lo decidió es porque así lo vio y en todo caso parecen responder al espacio en que aparecen. Así, el saúco y el hinojo quedan asociados a las dos tierras montañosas, acotadas cada una en un gran valle: saúco en Ancares, hinojo en Cabrera. Sus flores en ramillete coronan plantas más eleva-

das, como si hubieran querido hacer un esfuerzo para destacar su cabeza y así hacerse visibles, compitiendo con otros árboles en busca de la luz. Las otras dos surgen en tierras llanas, la malva en la Sequeda y el cantueso en las suaves ondulaciones de la Maragatería baja y en las amplias laderas, cuando las tierras se empinan.

EL CAMINO

El caminante llamado Andrés emprende la ruta por una tierra familiar, pues que tiene en ella raíces precisamente familiares. Sabe muchas cosas de ella, porque ha leído documentos antiguos, medievales sobre todo, con historias de todo tipo, pero además el suyo es un acercamiento o recorrido físico, lo que quiere decir que en la percepción intervienen todos los sentidos, al menos la vista, el olfato y el oído, desplazados por el tacto de los pies sobre el camino, los caminos. Se trata pues de una percepción global, panorámica y simultánea, para que el intelecto ejecute sus operaciones mentales en busca de la síntesis del gozo.

El viaje duró seis días, del 23 al 28 de junio. De modo que el 23, miércoles, sale de Astorga al amanecer y evoca a D. Quijote en esas horas de las salidas legendarias del caballero de la triste figura, para hacer sus pinitos filosófico-peripatéticos, un signo indudable de que el viaje es también, y quizá en primer término, literario, pues que para él sin *littera* no habría viaje, como demostraban los tres anteriores. Esta es su voz: (El caminante) «ha velado armas durante la noche y se ha dejado investir al amanecer con el yelmo del conocimiento, el peto de la intrepidez, el escudo de la virtud y el escudo de la prudencia».

Decidido a «escudriñar el aire de la tierra que va del oro crepuscular de Astorga al azulino brumoso del Teleno», encamina sus pasos hacia Piedralba, el pueblo donde confiesa tener raíces familiares y cuya visión ofrece a sus ojos «el cuadro acabado de esta tierra. Belleza escueta en el polvo mineral». Suena aquí por vez primera la nota descriptiva del paisaje que se repetirá muchas veces: «lomas terregosas, laderas yermas y campos resacos», todo ello envuelto en «un silencio que pasma», para introducir otro tema recurrente: huir, buscar la vida en otra parte. Aparece asimismo la querencia del andariego por visitar los cementerios, donde anota los apellidos grabados en el mármol o las cruces. Y propone de paso una visión personal del espacio maragato, aprovechando sus raíces en Piedralba y Quintanilla de Combarros, de modo que ambos pueblos quedarían en «los extremos del abanico que bien podría representar la tierra de Maragatos, con la manija en Astorga». Dejemos

un momento al lado ese nombre de la comarca, cuestión de mucho interés en cuanto objeto de encendidos debates. Por lo pronto apuntemos la observación del narrador: estos pueblos entre «las lomas áridas, las vaguadas secas y las veguellinas yermas», esta tierra de tan arisca apariencia «fue profundamente romanizada desde la misma Astúrica Augusta».

Las notas descriptivas se suceden breves y magníficas. Así ve una iglesia en lo alto: «una nave varada en un paisaje cósmico, sostenida en el aire por las cigüeñas que anidan en los salientes de la espadaña». En el camino a Valdespino vuelve la mirada para situar a Santiagomillas «sobre un fondo de pan de oro y almagre de grama florida». En ese camino contempla las flores compitiendo «con su gama esplendorosa las digitales malvas, los cardos de flor de acanto, las florecillas fulgurantes de amarillo, los escaramujos en flor, los cantuesos de nazareno vivo, el tomillo agreste y oloroso» (y aquí me vienen a la memoria los versos de Enrique de Mesa, también paseante en el Guadarrama «por el sendero que aroman / los tomillares en flor»). Así pues, este último introduce en la percepción el olfato, solicitado asimismo cuando en la brisa viajan «aromas de cantueso, lavanda, jaras». Y tras los sentidos, la sensación: «Duelen la soledad y el abandono», un acorde al que pertenecen también estas notas: «un silencio que pasma», «esta belleza desolada y dolorosa».



Iglesia de Lagunas de Somoza. (Foto de Miguel Ángel Fuertes Manjón, octubre de 2021).

En Lagunas señala la singularidad absoluta, aludida el principio a propósito de la tetralogía. Se trata de un *Pantocrátor* con *Tetramorfos*. Es uno de los tres, junto con el de Castroquilame y Carracedo, que hay en León (y dejando aparte el de San Isidoro, que es pintura). Pero este es doblemente singular, porque al contrario que los otros dos, que son tímpanos, el de Lagunas es una escultura sobre una ventana geminada de trazo alargado, rematada en doble arco de herradura.

El caminante va solo, pero no rehúye, sino que por el contrario gusta del diálogo con quien salga al paso, así sea un simple saludo o comentario al pasar. Hay ocasiones en que ese diálogo se alarga, cuando las condiciones lo permiten. Así por ejemplo, ya en la primera jornada, hay uno mantenido en el Val de San Lorenzo que se prolonga durante diez y ocho páginas. Y el que mantiene con un holandés radicado en Santiagomillas y muy conocido en la zona ocupa cinco páginas.

A mí me resultó más emocionante otro mucho más breve, apenas un par de páginas, que tuvo en Quintanilla de Somoza. Este es un pueblo con señales visibles de su relación con la emigración a América, que comenzó tras el declive y desaparición de la arriería. Nativos del pueblo fueron notables emigrados y sus nombres constan en un edificio municipal como indios benefactores. En la calle desierta se encuentra con una mujer ya anciana, que lleva en la mano un cesto de mimbre. Hablan tras el saludo. Ella lamenta la emigración que fue dejando el pueblo vacío y recuerda otros tiempos felices, ricos por la arriería, que se acabaron cuando el ferrocarril acabó a su vez con la arriería y muchos emigraron a América: Buenos Aires y Montevideo, y también a Galicia y Madrid.

Apunta el narrador que habla «con palabras precisas y voz tan armoniosa que da gusto oírle», y añade que «escucha la melodía del lamento como si estuviera ante alguna Cenicienta solo en apariencia miserable». Confiesa entonces: «Cuánta nostalgia brota de un encuentro así»: la mujer se le aparece como la imagen del «desmoronamiento de un señorío de siglos». Y escribe su nombre completo, Piedad Monroy; no solo el nombre, como se suele en los pueblos, porque en esa mujer, como en los hidalgos de Castilla, «la distinción va más en el linaje y el porte que en el dinero».

Es esta mujer la que ilustra al viajero sobre las tres clases que, según ella, hay de tomillo, uno de ellos de color morado. Ella lo llama así, tomillo, pero en realidad es cantueso. Recordemos que tal denominación se utiliza también en Tierra de Montes, esa parte limítrofe del Bierzo Alto, pero la coincidencia no es única, porque también comparten el término *tuérgano*, con el que designan la raíz de la *urz* (y aceptemos en este contexto la utilización dialectal en vez del castellano y masculino *urce*). Es curioso que en Tras os Montes, la tierra portuguesa perteneciente al mismo ámbito dialectal, el término utilizado es *torga*, una forma más antigua, de la que tomó su pseudónimo un escritor portugués muy notable y diríamos que enraizado donde los haya: Torga, Miguel Torga. Anotemos en fin que el término utilizado en Cabrera, así como en Carballeda y Sanabria, es *cepo*.

En la conversación con Piedad aparece otra nota característica de su estilo, y es una más entre las muchas que desliza en la narración. Son breves apuntes o comentarios que se dedica a sí mismo o al lector en forma de guiños cómplices llenos de humor, desenfado o bonhomía. Este es el que deja, impresionado por la mujer: «El caminante está embobado oyéndola, qué quieres que te diga, lector querido».

Ese comentario de complicidad con el lector se repite en otro momento. Entre los documentos y textos que aduce en el relato hay uno referente a Viforcós, dando cuenta de la repoblación de estas tierras a cargo del conde Gatón, que reproduce en el latín original, para concluir con este guiño: «Qué bonito, lector, a que sí, ese latín tan cercano ya a nuestra lengua».



La sierra del Teleno vista entre Priaranza de la Valduerna y Luyego de Somoza. (Foto de Miguel Ángel Fuertes Manjón, octubre de 2021).

Estos apuntes podrían tener acaso otra función. Y es que el escritor en camino cuenta en efecto los caminos concretos de la Maragatería por los que se desplaza, pero bien sabe o siente que esos caminos también son símbolos, cada uno de ellos, del otro camino general de la vida. Los apuntes que digo tendrían así la misión de recordarlo. En ese sentido tal vez cabría evocar aquí aquel verso de *La tierra baldía*: «¿Quién es quien va a tu lado?». Pues a ese que misteriosamente va a su lado es a quien el caminante-narrador le dedica sus comentarios, incluso un poco impertinentes. Pero además en cierto modo se los dedica a sí mismo, porque, poniéndonos metafísicos, uno mismo es también ese otro que va al lado.

LEYENDAS Y DESATINOS

Ya en la primera jornada aparece la cuestión del nombre de la comarca, así como sus límites y fronteras, ambas cosas sujetas a polémica. Recuerda que en los papeles antiguos se denomina Somoza y Tierras de Astorga. Maragatería es término moderno de

los siglos XVII y XVIII y «procede de los arrieros que fueron llamados por el mundo maragatos, de tal manera que maragato y arriero venían a identificarse», pero no se sabe «cómo, dónde y cuándo surgió la palabra».

Más adelante pasará revista a las teorías sobre la palabra maragato para concluir que no existe ningún enigma escondido en esa palabra, y que invocar rasgos físicos invariables a lo largo de los siglos y costumbres ancestrales también invariables carece de rigor. El narrador impugna, aparte de las etimologías delirantes, las leyendas teñidas de esoterismo sobre el carácter presuntamente especial del maragato. No hay confirmación alguna de tales orígenes extraños y costumbres “peregrinas”. Cuando oye estas cosas, «el caminante sonríe con un poco de amargura. Es tan distinta a la realidad».

Aquí por cierto cabría recordar lo que escribió Caro Baroja en su libro *Los pueblos de España* sobre esas costumbres, reflejadas en las contestaciones a un cuestionario hecho a finales del XIX por el Ateneo de Madrid. Dice que en Lucillo y Molinaferrera aparecen trocadas las funciones asignadas por la tradición al hombre y a la mujer, de modo que son las mujeres las que «aran, siembran, siegan, cavan, etc.», mientras que «los hombres permanecen en la casa hilando y haciendo calceta». Afirma que tal cambio de funciones ha pervivido «hasta hace poco» (el libro se publicó en 1946), por lo demás en un escenario que él sitúa «en las cumbres del Teleno» y esa misma localización ya nos da una idea de su concreción imposible.



Valle del río Duerna, con la sierra del Teleno al fondo. (Foto de Pablo Pérez García, octubre de 2021).

Digamos de paso que el diccionario de Madoz menciona una costumbre parecida en la ribera del Órbigo en Benavente, pero es muy curioso que la tilde de “extravagante”, añadiendo con ironía que los hombres, abrumados por la dureza del *fuso*, hacen frecuentes visitas a la taberna para «mojar el lino». En el caso de la información de Caro Baroja podría

tal vez intuirse al fondo el hecho de la arriería, que suponía largas ausencias de los hombres y por lo tanto la asunción de las faenas agrícolas por parte de las mujeres.

Se trata evidentemente de embustes insostenibles, capaces sin embargo de convencer a eruditos como Caro Baroja, subyugados por piezas tan golosas. Son «tópicos falaces y cansinos», típicos por lo demás de quien nunca pisó estas tierras, como el autor recuerda. Para este, por el contrario, maragato es una forma de ser, conducirse y trabajar. Como ya se ha mencionado, el concepto de maragato nació unido al de arriero, según el dicho que el autor recuerda: «maragato y mulo todo es uno». Así es como los maragatos fueron trajinantes ricos que gozaban de prestigio y eran «el espejo en que mirarse», de modo que acabaron por dar nombre a la comarca entera, hasta el punto de que el antiguo nombre de Somoza cayó en desuso y ahora «solo perdura como apelativo de algunos pueblos».

FINAL CON CANCIÓN NOSTÁLGICA

El libro relata la última jornada, que fue el lunes 28 de junio, y concluye con un capítulo reveladoramente titulado *Mi Buenos Aires querido*, la canción de Carlos Gardel que el viajero evoca en Quintanilla de Combarros, el otro extremo del *abanico* maragato frente a Piedralba. La nostalgia de una ciudad de otro mundo revela el designio emigrante de esta tierra y sus gentes. Esta tierra, profundamente romanizada desde la misma *Astúrica Augusta*, como el autor recuerda en el capítulo II, y repoblada en el Medioevo, vio el fenómeno de la arriería y alcanzó hacia 1900 el pico máximo de población. Ahí comenzó la decadencia, porque desde ese momento «se generalizó la emigración y el declive fue ya imparable». Otras notas suenan ahora graves: no hay presente y el futuro da miedo. En el desconsuelo suena una canción nostálgica de otro mundo de esplendor. «Es todo», remata el caminante.

Y así será, pero cuando ya no quede nadie para recordar, ese cantueso, que el autor propuso emblemático de la belleza de esta tierra, seguirá floreciendo en las hojas de este libro. Concluamos pues con el que es también, tras escribir ese “es todo”, último comentario del libro en el tono desenfadado y coloquial que ha prodigado en tantas páginas, en este caso una suerte de desplante postrero en la cara del toro retórico:

- «Pues sí que nos ponemos estupendos.
- Y qué quiere».